

biera resonado á consagrarse á la defensa de la libertad, hervía como un volcan de pasion, pero como un volcan sobre el cual no flotaba ni una sola idea. Buscaba medios de defensa en todos los arsenales, y todos los arsenales se cerraban. Pedia para conmovier todos los tonos de que es susceptible su voz de trueno, y le faltaban todos los tonos que iba buscando. Entonces se revolvia en su banco, extendia los brazos á todos lados, invocaba al partido moderado para que viniera en su auxilio; y se dejaba caer rendido de fatiga, magullado y deshecho, como una de esas víctimas de los guardias veteranos, que habia visto el pueblo de Madrid, pero magullado y deshecho á los golpes de su propia elocuencia.

El asunto pasó del Senado al Congreso, y en el Congreso llevó la voz el Sr. Posada Herrera primeramente. El Sr. Posada Herrera no está nunca en el banco de oposicion á la altura que alcanza en el banco ministerial. No es tan feliz en el ataque como en la defensa. Le falta ímpetu para acometer, como le sobra serenidad para resistir. Pero su discurso sobre aquel asunto tuvo períodos, partes, de verdadera, de extraordinaria elocuencia. Empezó por decir que condenaba á los revoltosos de la noche del 10. Y en realidad, como los revoltosos no se vieron en ninguna parte, no condenaba á nadie. Lo que sí se vió, lo que pudo ver todo el mundo, es que los silbidos de los niños, eran tratados como una rebelion abierta; lo que sí se vió, lo que pudo ver todo el mundo, es que personas inermes eran sacrificadas en medio de las calles. Tuviéronse en aquella noche triste, cuyo recuerdo difundirá siempre horror en los ánimos, ménos consideraciones al pueblo de Madrid de las que suelen las naciones extranjeras entre sí cuando se declaran guerra. Ni un bando, ni un aviso al pueblo; ni una autoridad que estuviera en su puesto y que usara de sus atribuciones: el desórden por toda direccion; la pasion por toda consejera y la catástrofe por todo término. Se olvidó el reglamento de la

Guardia veterana, dado para las ciudades á favor de los ciudadanos, y se aplicó el reglamento de la Guardia civil dado para los des-poblados y contra los foragidos. No aparecieron grupos; gentes pacíficas fueron sacrificadas en medio de la calle, al ir ó volver de sus tareas, como si no hubiera seguridad para los ciudadanos, respeto para la vida, las garantías que constituyen los fundamentos eternos de los pueblos libres. Así preguntaba el Sr. Posada Herrera: «¿qué le dísteis á la Guardia veterana?»

Y despues de estos atropellos, ni siquiera esperanza de encontrar justicia. Los mismos heridos que debian ser recogidos en cumplimiento de las leyes de la humanidad, y en cumplimiento de estas mismas leyes curados, fueron entregados despues de su desgracia á los tribunales, y á tribunales incompetentes. En cambio los que los atropellaron no han sido conducidos á ningun tribunal. Justicia, justicia, pedia el Sr. Posada Herrera. Pero ¡ay! era imposible encontrarla. Cuando preguntó si autorizarian para acusar al gobernador civil ante el Tribunal Supremo, el Sr. Gonzalez Brabo indicó bien claramente que no concederia la autorizacion.

Pero el grito de la indignacion pública resonó por fin el dia 28 de Mayo majestuosamente en el Congreso. Pocas veces hemos presenciado una escena parlamentaria tan sublime; pocas veces se ha elevado tanto un tribuno. El Sr. Rios Rosas era el orador de la tempestad. Cuando los ánimos se encienden; cuando suenan por todas partes los rumores; cuando estallan los grandes sentimientos; cuando se agita ese oleaje de las pasiones que en los parlamentos dominan, el Sr. Rios Rosas lo sujetaba todo, lo subyugaba todo, y su palabra flotaba sobre aquel grande tumulto como el trueno de las nubes sobre las tormentas de los mares. En el Sr. Rios Rosas era oratoria toda su persona: el semblante, la voz, la accion, la apostura, el gesto; aquellas manos que se crispaban

como si una corriente de electricidad las agitase, y que arrojaban esa misma electricidad sobre su auditorio; aquella voz tonante que llevaba en sí el eco de tantas tempestades. En aquel dia se excedió á sí mismo.

Cuando se levantó, comprendimos que iba á pronunciar un gran discurso; porque se revelaba en su mirar, en su acento, en su gesto, la pasion que encendia su alma, la grande indignacion que lo agitaba. Tenia la sublime enfermedad de su elocuencia calenturienta, y comenzaba rugiendo. La hiel que el dolor de sus entrañas habia segregado, teñia su rostro de un color lívido, que semejava la iluminacion de un relámpago. Cada uno de sus adjetivos era como un cañonazo; cada uno de sus períodos una batalla; todo el discurso, todo aquel discurso de ardiente ira, una lluvia de fuego que caia sobre la cabeza del gobierno, teñida en sangre, y abrasaba como plomo derretido su conciencia.

No era el discurso del Sr. Rios Rosas la acusacion fria, la acusacion legal, la acusacion razonada; era algo más alto que todo esto, algo más sublime; era el eco de la indignacion pública, era el acento de las pasiones que agitaban el ánimo del pueblo. Allí no se invocaba la ley, no se invocaba esta ú otra disposicion del Código, pues harto sabia el país que todo fué violado; invocábase algo más alto, algo que está sobre todas las leyes y todos los Códigos: el sentido moral, las eternas prescripciones de la conciencia. Así su discurso fué como las Filípicas de Demóstenes, como la Catilinaria de Ciceron; una imprecacion continua, incesante, magnífica. No lo busqueis en el *Diario de Sesiones*, no lo busqueis allí, porque no encontrareis el estampido de aquel acento, el eco de aquella voz, los relámpagos de aquellos ojos, la serenidad de aquella apostura, la crispacion de aquellas manos, la melena que nos recuerda algo de la melena de Mirabeau; la agitacion y el movimiento, que algo nos recuerda á Danton; las chispas de electricidad que se esca-

pan de sus palabras y que se unian á los rumores varios del público; porque en el orador hay siempre dos agentes, él y su auditorio; y con todo esto, que en él está, que tambien está fuera de él, que está, sobre todo, en la atmósfera formada por su candente palabra, en todo esto vereis pasar hirviendo y tronando la tromba de portentosa elocuencia.

La historia consagrará un perpétuo elogio al orador que condensara la ira del pueblo, y agitándola como un rayo entre sus manos, cruzara el rostro de aquellos hombres, para que la tierra los arrojara de sí, y la voz de Dios los persiguiera como perseguia al fratricida Cain. Su discurso no se podrá analizar, porque el mérito no estaba ni en sus ideas, ni en sus proporciones, ni en su hilacion, ni en su série, ni en la armonía de sus períodos; su discurso estaba en todo lo que constituye la personalidad de este orador.

En el curso de esta peroracion hubo notabilísimo incidente. Como dijese que los que habian perpetrado los asesinatos del 10 eran unos miserables, los rumores de la mayoría ahogaban su voz. Miserables, repetia el señor Rios Rosas. Y los rumores de la mayoría se aumentaban. Y el Sr. Rios Rosas esplicaba estas palabras, diciendo que los llamaba miserables porque habian sido instrumentos de un crimen, porque habian deshonorado el uniforme que vestian, manchándolo de sangre, y de sangre inocente. Aquí de la mayoría. Estos señores no sabian hablar, dejaban abandonado el ministerio en las grandes ocasiones, en las luchas, en la discusion; y luego manoteaban, gritaban como energúmenos; insultaban, amenazaban y armaban esas batallas que solo conducen á deshorrar un Congreso.

¡Magnífico espectáculo! Cuando la mayoría más gritaba, más ruido promovia, el Sr. Rios Rosas, de pié firme, erguida la frente, cruzados los brazos, paseaba su mirada sobre aquel oleaje sin conmoverse, como convencido de que todas aquellas tumultuosas pasiones eran espuma. Cuando le tocaba la hora de luchar

¡cómo luchaba! A la mayoría la acallaba con el gesto, con el ademan, con unas cuantas palabras. Al Sr. Sanz, que le interrumpía, lo arrojaba lejos de sí con un corto esfuerzo, desarmándole. Al presidente le contestaba con arrogancia que si la mayoría reclamaba que se escribieran sus palabras, él pedía que se esculpieran. En medio de aquella tempestad, él sólo estaba firme, él sólo estaba sereno; él cogía las alusiones de unos, las reclamaciones de otros, los gritos de todos, convirtiéndolos en una especie de nube que se disipaba á su soplo, y que se desvanecía como niebla á sus plantas. En vano el general Narvaez reclamaba; Ríos Rosas mantenía sus palabras. En vano protestaba el Sr. Gonzalez Brabo; las mantenía. En vano el mariscal Reina, el brigadier Santiago, protestaban también; mantenía sus palabras. Cuando un orador hablaba, se dirigía á su banco á escucharlo impassiblemente, y con dos ó tres palabras desbarataba sus argumentos. La protesta quedó escrita; las palabras del Sr. Ríos Rosas se esculpieron por su mano vigorosa en todos los corazones.

No era posible que continuase el ministerio del general Narvaez. Desde el día en que escribió la circular sobre enseñanza pública, y por consiguiente, abrió aquella lucha, no con un hombre que nada vale, sino con el espíritu del siglo que es omnipotente; desde aquel día fatal no tuvo hora de reposo. Las protestas de la conciencia libre, las manifestaciones de la opinion, el grito de la juventud en cuyo pecho palpita la esperanza del espíritu moderno; la indignacion de todos los ánimos que veían arrebatadas las últimas garantías de los pueblos libres derribaron el gobierno del general Narvaez. La Universidad perturbada, el Ayuntamiento disuelto, la Diputación luchando; cátedras que habían pasado sin conmoverse por la reaccion y la revolucion cerradas y solitarias; el Parlamento en son de guerra; la prensa en son de universal protesta; los más grandes oradores del antiguo partido conservador ful-

minando tribunicios anatemas; Madrid consternado; los testimonios de los horribles atropellos de la noche del 10 creciendo en una progresion asombrosa; las fiestas más sencillas convertidas en terribles manifestaciones políticas; la Guardia veterana, que conservaba el orden público y era el arma de la autoridad civil, completamente disuelta; la enseñanza casi suprimida; las autoridades académicas desacatadas; los claustros universitarios pasando entre bayonetas, y los ministros de la Corona entre silbidos; todo esto era una perturbacion moral y material inmensa, que no podía cesar sino con el sacrificio del ministerio Narvaez, provocador de todo con su soberbia y su torpeza.

Cuando subió al poder, decíase que siendo sus hombres tan importantes, formaban el cuerpo más homogéneo y más ilustre de cuantos podía dar de sí el partido moderado. Este hijo de la ancianidad del viejo bando moderado era un hijo robustísimo en sentir de los doctores de la sinagoga doctrinaria. En él estaba Narvaez, su fuerza; Llorente, su inteligencia; Alcalá Galiano, su palabra; Gonzalez Brabo, su pasion; Arrazola, su historia; Barzanallana, toda su ciencia económica. En él estaba el espíritu liberal que había animado á la juventud de *El Contemporáneo*; y la experiencia de las inmensas desgracias que por las ridículas tentativas del Sr. Nocedal habían caído como una especie de cruda calamidad sobre el partido moderado. Él iba á ser el regenerador del gran partido; él su salvacion definitiva. La vieja escuela doctrinaria se había levantado del estercolero donde agonizaba, á recibir el calor de las nuevas ideas en su mente, y el soplo del nuevo espíritu en su rostro.

Pero desde Setiembre de 1864 á Junio de 1865, el ministerio Narvaez, que vino con propósitos liberales, solamente pudo agravar la situacion y no salvarla. El retraimiento continuó más amenazador, la revolucion más relampagueante, los ánimos encendidos en ira, las pasiones enconadas, el orden per-

turbado; señales ciertas de que una nueva idea pugnaba por convertirse, por cuajarse en nuevas instituciones; y no había más remedio que abrirle paso, ó sucumbir á sus tempestuosas ráfagas. Narvaez no alcanzaba á comprender el cambio de los tiempos. Esgrimía su espada contra las ideas y daba con vanas sombras; porque las ideas que lo atormentaban, eran inaccesibles á la persecucion, y á la muerte. Así cayó del poder sin saber por qué; fatigado de luchar con un enemigo omnipotente é invisible.

Había contribuido y no poco, á la caída del ministerio Narvaez la pasion ardiente de la prensa. Un escritor muy leído acababa de trazar la figura de María Antonieta, para ofrecerla como ejemplo, y recuerdo sinicstro á los ojos atónitos de la reina. Dicen que Luis XVI leía con empeño en la Historia de Inglaterra por Hume, las páginas de la revolucion que decapitó á Carlos I, y luego contemplaba el retrato de este desdichadísimo rey trazado por el célebre Vandik. Pues bien, la Reina Isabel á su vez leía y releía con horror el retrato de María Antonietta, de la pobre guillotizada. El escritor ahogó todo sentimentalismo; y se sobrepuso á todas las inspiraciones del corazón para mirar sereno, y cara á cara la figura de la pobre reina tal como se dibuja en el fondo de la historia. Quizá alguna vez había apartado su atencion de la infeliz mártir destronada y muerta en Francia para convertirla á la poderosa reina viva y reinante en España. Doña Isabel II se miraba y se veía en el espejo de aquella vida de María Antonietta. Y acordándose de su poder y de su autoridad se quejaba de que la prensa osase entrar irreverente en su palacio y diseccionar su persona, aunque fuera bajo la alegoría de una reina extranjera. Suscitáronse con ocasion de estos estudios ruidosas polémicas en la prensa diaria. Unos decían que la reina Maria Antonietta había sido un verdadero ángel, y que la Francia y la revolucion no tenían de ella ninguna justa que-

ja; otros decían que la Reina Maria Antonietta había conspirado con tenacidad, y traído por sus propias culpas el tremendo castigo sobre su cabeza.

Y ahora, aunque no aprobemos nunca, porque repugna á nuestro corazón y á nuestra conciencia la pena de muerte, debemos decir en voz muy alta, sin temor de herir supersticiones arcaicas, que creemos, que proclamaremos que María Antonietta de Lorena era merecedora de un gran castigo, porque su empedernido espíritu absolutista y su soberbia hereditaria, derramaron sobre Francia y sobre Europa un mar de lágrimas y sangre, en que se ahogaron tres generaciones.

Era mujer, era esposa, era madre, pero antes que mujer, antes que esposa, antes que madre, era reina. La educacion había ahogado en su seno la voz de la naturaleza. Por conservar los timbres hereditarios sobre la frente de su raza: por adorar las supersticiones y los privilegios de una sociedad que se arruinaba: por sostener títulos, honores, pergaminos que las ideas habían borrado con su electricidad, la reina no quiso convertir á su esposo de rey absoluto en rey constitucional; ni supo hacer de aquellos príncipes, sobre los cuales ejercía tanto imperio por su belleza y por sus gracias, ni supo hacer de aquellos príncipes ciudadanos; y entregada al influjo de su educacion realista, á la idolatría de su autoridad y de su raza, que imaginaba cuasi divina, en aquella grandiosa revolucion, no vió la luz, sino el humo; en aquellos profetas del nuevo mundo social, no vió las ideas, sino las pasiones; en aquel movimiento no pudo comprender sino que se llevaba á pedazos su corona, y con un odio invencible en el alma, y una doblez repugnante en el carácter, concluyó por ser víctima de su obcecacion y de su orgullo.

Su familia no era ardientemente católica; y así había fomentado la idea filosófica del siglo XVIII; había herido á Roma en sus más queridos privilegios. Pero su familia era in-

dudablemente la más realista entre todas las familias reinantes de Europa. Vinculando en sí el sacro romano imperio, si había luchado con el Papa, había luchado, no por interés del progreso ó por servir á la filosofía, había luchado por llegar á una autoridad absoluta y autocrática que tuviese un doble imperio sobre los pueblos, y sobre el alma y la conciencia de los pueblos. Así, el sentimiento católico estaba helado en el corazón de la reina; y cuanto hizo á favor del clero y de sus prerogativas, lo hizo no por la fé que escusa, sino por la ambición vulgar de conservar su corona. Mas si el sentimiento católico estaba muerto en su alma, el sentimiento monárquico estaba vivo, muy vivo, rayaba en delirio; y todos los revolucionarios, desde el superficial Narbonna hasta el gigante Mirabeau; desde el complaciente Lafayette hasta el austero Robespierre; desde los filósofos que discutían en las Asambleas los derechos del hombre hasta las turbas que clamaban á las puertas de su palacio, todos le parecían extranjeros en un poder que á sus ojos era propiedad exclusiva de su familia, rebeldes contra un derecho que en su conciencia emanaba directamente de Dios.

Contra esta preocupacion ¿qué encontró en la corte de Francia? Nada. Cuanto encontró, servía para recrudescerla. Casóse con Luis de Borbon, que en los primeros años de su matrimonio ni siquiera estimaba su hermosura, y que no comprendió nunca su carácter. La falta de amor la precipitó en la ambición. La vida aislada de la corte, los placeres del pequeño Trianon, la corrupcion natural de costumbres que había allí donde reinaban el viejo satírico Luis XV y la infame prostituta Mme. Dubarri; algunas pasiones que nacieron involuntariamente en su alma casi abandonada y solitaria; el odio mismo de la aristocracia francesa, que la creía un instrumento de la política de la casa de Lorena, y que la llamaba por desprecio la austriaca; el célebre escándalo de su collar, que á tantas habli-

llas y consejas dió ocasion; su amistad hácia Monsieur y su enemistad hácia Orleans; su implacable orgullo y su furor realista le trajeron desde que su carroza entró en Versalles hasta que su carreta salió para el cadalso, una negra impopularidad; mujer desgraciada, extranjera para la revolucion, extranjera para Francia, extranjera en su mismo hogar.

Creyendo solo en la fuerza del prestigio real, en el númen de su familia, y en las cábalas de los palaciegos, formó en torno de sí una corte, con la cual creía gobernar un pueblo. Mujer de escaso talento, digan lo que quieran sus apologistas, no quiso estudiar nunca aquella advertencia sapientísima que le dirigía Neker: los reyes que tienen camarillas, están destinados ó á la suerte de Carlos IX ó á la suerte de Carlos I. Cuando vió los Estados generales reunidos, contribuyó en gran parte al funesto desaire que recibió el Estado llano, para el cual solo se abrió una puerta de la cámara régia, mientras se abrieron las dos de par en par, ampliamente, para que entraran el clero y la nobleza. Cuando la revolucion comenzó, imaginóse siempre que bastaban á ahogarla los cañones de los reyes de Europa. No contaba con que los pueblos son más numerosos que los reyes. En aquellas oleadas de la pasion popular que escupían férvida espuma á su frente, decía, como Enriqueta de Francia, la mujer de Carlos I, cuando atravesaba el canal de la Mancha, en medio de deshecha borrasca: una reina no se ahoga. Tenía mucha fé en la estrella de su raza, en el ejemplo de su madre. Y no comprendía que si su madre, cuyo talento era muy superior al suyo, había salvado una guerra, la había salvado con el favor del pueblo; y ella, cuyo carácter era oñdiado, cuya vida era calumniada, cuyo orgullo era maldecido, cuyo despego á la reforma la había hecho blanco del rayo revolucionario, iba á luchar teniendo por único aliado un clero fanático que no la quería, una aristocracia que no la estimaba, y por enemigos, una revo-

lucion y un pueblo. No era bastante la corona para salvarla. La historia dice que el mejor conductor de la electricidad que se conoce, es el metal; y mucho más el metal de una corona de derecho divino, y que descansa sobre una frente bajo la cual se oculta un cerebro ciego.

Pero la lucha de María Antonietta con la revolucion, no es la lucha franca, no es lucha abierta; por el contrario; es lucha artera, es lucha de doblez y de engaño; sonríe cuando acaricia el puñal; adula cuando prepara el golpe; hiere siempre á la revolucion por la espalda. Así cuando los representantes del pueblo arrojados de la Asamblea se congregan en el Juego de pelota, y se levantan altivos, frente á frente de la monarquía, María Antonietta congrega sus guardias en el teatro de Versalles, los embriaga, los fuerza á cantar los himnos realistas, á besar la escarapela blanca; á jurar sobre la cruz de la espada el estermínio de la revolucion y de los revolucionarios. Y cuando el pueblo vence, cuando la obligan á salir de Versalles, de aquel mundo oficial, de entre aquellos cortesanos automátatas, que como dice un grande escritor, son tan frios como las estatuas de los jardines; cuando vuelve al seno de París, saluda al pueblo que aborrece, sonríe á los hombres cuya muerte ha jurado para el día de la victoria. Ya en París, y en el seno de aquella poblacion, su único empeño es ganar á Metz, acusar ante Europa á los revolucionarios de rebeldes, á la Asamblea de facciosa, á la Francia entera de un club gigante contra la paz del mundo. Con áspero estilo decía á su hermano en una carta: «*El mal francés*, si no se ataja pronto, se estenderá por toda Europa.» Y estamos seguros que, fresca aun la tinta con que había escrito aquella injuria, se levantaba sonriendo para recibir una comision de la Asamblea, y le contestaba su frase favorita: «Yo he cumplido fielmente el encargo que de mi madre María Teresa recibí al separarme en Viena; soy francesa de todo corazón.»

Por Octubre, cuando salió de Versalles, todavía pudo salvarse; todavía pudo llegar á la reconciliacion con algunos de los principales jefes de la revolucion. Pero les tenía profunda malquerencia. A Lafayette lo despreciaba; á Mirabeau lo aborrecía. Su alma estaba encendida en una ira volcánica, en una ira en la cual hubiera encendido á Europa. Todo pasaba en proyecto por su pensamiento; la guerra religiosa, la guerra civil, la guerra extranjera, el estermínio de Francia, todo ménos la necesidad de la reforma, ménos la justicia de la revolucion. Aunque no estimaba gran cosa á los hermanos del rey, aunque el núcleo de la emigracion realista era el núcleo de sus antiguos enemigos, aunque se desesperaba contra el emperador porque no había llevado la coalicion europea sobre Francia, se entregaba á su direccion, porque de los plebeyos y de los revolucionarios no quería la paz, no quería la salvacion; para que ellos no pudieran tampoco en su día aguardar olvido ni perdon.

Lo cierto es, que llevaba en sus manos los hilos todos de una inmensa conjuracion, para arrojar sobre Francia el peso de toda Europa, y conseguir su desaparicion como pueblo. Así aconsejaba al rey que sancionase los decretos de la Asamblea con una mano, y con la otra escribiera su protesta contra esos decretos, y los enviase para su custodia á los reyes de España. El rey llevaba tan lejos su hipocresía, que consultaba con el obispo de Clermont y con el Papa si le absolverian de los juramentos prestados, de las palabras empeñadas, de las promesas hechas que jamás habían salido de su corazón, sino de sus labios. Mientras tanto Brateuill, amigo y emisario de la reina; Fersen, caballero sueco, de la reina también cortesano; Lamarke, otro de sus íntimos amigos, iban de Metz á Bruselas, de Bruselas á Viena, levantando conjuraciones contra la Francia empeñada en la obra inmensa de construir una nueva sociedad. El asilo y el trono que de Francia había